

# ALBUM DE LA JUVENTUD.

Periódico Científico y Literario.

LOS PRODUCTOS DE ESTA PUBLICACION SE DEDICAN ESCLUSIVAMENTE A LOS ESTABLECIMIENTOS DE BENEFICENCIA.

## EL SACERDOTE CRISTIANO.

Si vuestras miradas hallasen por ventura alguno que el mundo no creyese digno de desempeñar tan sagrados deberes, alejad de vuestro corazón la maledicencia y la calumnia, comparadle con el resto de los hombres; apelad á vuestra propia conciencia, y despues notareis cuanto os sobrepaja en virtud y en sentimientos.

Venid á mi los que pasais vuestros dias rodeados de flores y de aromas; los que solo contais vuestra existencia por los momentos de placer y de alegría. Venid á mi tambien aquellos cuyo rostro se halle surcado por el llanto; aquellos á quienes no son desconocidas la dolorosa soledad y la tristeza.

Venid á mi los que aun ceñis vuestras sienes con la verde corona de la infancia; aquellos cuyos cabellos se hallen cubiertos bajo la nieve de los pasados años.

Venid, los que girais á vuestro antojo por salones espléndidos y su tuosas alfombras; los que lamentais vuestro infortunio sobre un lecho de paja bajo el abrigo de una pobre y solitaria choza.

Venid los que sentis arder en vuestros pechos la abrasadora llama de la *Fé*; aquellos que cruzais por el sendero de la vida entonando mil himnos misteriosos á la bondad y grandeza del Eterno.

Venid los que luchais con el *Escepticismo* y con la duda; los que al pronunciar el nombre de Jehová y de su Unigénito dejais vagar por vuestros labios una sonrisa sarcástica y diabólica, pero que en el fondo de vuestras almas envidiais la dulce paz de los sumisos y creyentes.

Venid aquellos para quienes el trueno no tiene magestad porque no escuchais sus rugidos; aquellos para quienes no lucen las antorchas de la noche; para quienes no tienen auras ni verdor los bosques, murmullo los arroyos, ni encanto y armonía los trinos de las aves; para quienes no hay virtudes que aplaudir, ni delitos que castigar aquí en la tierra; aquellos, en fin, que sentis dentro de vuestros pechos un corazón sin latidos porque yace helado bajo el mortifero soplo de la *indiferencia*.

Venid, venid todos los que surcáis las revueltas ondas de este mar proceloso á que se llama mundo, y allá á lo lejos sobre una roca escarpada de la tranquila costa, os mostraré un anciano de plateado cabello y magestuoso rostro que os tiende sus brazos amorosos y exhala mil gritos de terror al contemplar los escollos y vagíos que tendreis que vencer en vuestro tránsito.

¿Quién será ese dichoso mortal que en medio del humano torbellino permanece inmóble é impassible, como la añosa y corpulenta encina de las selvas cuyo tronco es azotado por las alas del tempestuoso aquilón; porque luce en su arrugada faz la calma de los cielos; porque brota de sus ojos llanto de compasion y de ternura: quien, quién será tan misterioso mortal?

El *Sacerdote*, solo el *Sacerdote Cristiano*, solo esa sublime creacion del Evangelio, esa perfecta imágen del que espiró sobre una cruz allá en el Gólgota. Velado con el manto de la virginidad y la pureza, consagrado en las aras del Altísimo, para él no hay afecciones *particulares* en la tierra, alejó ya para siempre de su alma los vínculos es-

peciales de parentesco y amistad, los repulsivos ódios y el cariño. Hincado sobre las gradas del Santuario, eleva sus manos al cielo y sus pensamientos son otras tantas plegarias por todos los que en este mundo existen y padecen.

Versado en los libros en que solo la ciencia y la verdad residen, sus miradas penetran hasta el fondo del corazón de los mortales. Inspirado por los ángeles y halagados continuamente sus oídos por las armonías celestiales, los dolores y amarguras huyen para siempre de nuestros pechos al escuchar el acento de su voz como se alejan los astros de las sombras cuando aparece la sonrosada aurora en el Oriente. El humilde artesano y el magnate tienen necesidad de sus consuelos; todos corren á depositar en su seno sus pesares. Su única ambición, sus ensueños dorados, son el enjugar nuestras lágrimas aquí en la mansión de las desdichas y conducir después nuestras almas á la plácida región de los Querubenes, cuando la muerte haya hundido nuestros cuerpos en el polvo y la nada de la tumba.

¿Quién despreciando las enfermedades contagiosas se acerca al asqueroso lecho del moribundo mendigo? ¿Quién calma las dolencias que le abruma depositando en sus convulsos labios el cuerpo sacrosanto de su Dios? ¿Quién murmura á sus oídos palabras de esperanza y de consuelo? ¿Serán por ventura sus hijos? ¡Desgarrará vuestro corazón! pero algunos existen en la tierra que abandonan en la miseria á los autores de sus días. ¿Serán quizá sus deudos, sus amigos? ¡Ay! estos piden alas al viento para alejarse de nosotros cuando la desgracia nos cerca. ¿Quién será pues tan benéfico mortal? El *Sacerdote*, solo el *Sacerdote Cristiano*.

Allá en el fondo de una lóbrega capilla iluminada tan solo por dos siniestras antorchas, yace sumido entre férreas cadenas un ser desdichado á quien la justicia de los hombres ha condenado por sus crímenes á concluir su existencia entre los gritos del pueblo y en lo alto de un afrentoso cadalso.

¿Quién penetrará en su lúgubre aposento? ¿Quién enjugará el helado sudor que de su frente brota? ¿Quién le estrechará entre sus

brazos? ¿Quién le dirá que allá tras esa esfera azulada, pequeño pliegue del manto con que los cielos se encubren, se halla el trono de un Dios que perdona al pecador arrepentido sinceramente de sus culpas? Y cuando la hora suprema haya llegado ¿quién caminará á su lado sosteniendo sus plantas vacilantes? ¿Quién estampará en sus mejillas el ósculo de eterna despedida cuando el ejecutor de los humanos decretos descargue sobre su cuello la espada de la terrible justicia? El *Sacerdote*, solo el *Sacerdote Cristiano*.

¿Quién grita á los oídos del *escéptico*, «¡Ejemplo de la nada! ¿por qué dudas de la existencia de un Dios omnipotente? ¡Insensato mortal! no es en los libros dictados por las ruines pasiones de los hombres donde se aprende á conocer la grandeza de Aquel cuyo solo deseo hizo brotar la luz de las tinieblas, sino en las páginas elocuentes de esa obra divina llamada naturaleza» ¿Quién le obliga así á humillar su enaltecido rostro ante la magestad y poderío del Eterno?

¿Quién hace revivir el fogoso entusiasmo en el seno de la mas fría indiferencia?

¿Quién guía los pasos del adolescente por la senda de la virtud y de la gloria? ¿Quién conduce á la venerable ancianidad á la tranquila morada del sepulcro?

¿Quién enjuga compasivo el copioso llanto que derrama el triste? ¿Quién acorta justiciero los placeres del que goza?

¿Quién tiende al poderoso sus manos supplicantes para que deposite en ellas la limosna que haga renacer la abundancia y la alegría entre las familias indigentes?

*El Sacerdote*, solo el *Sacerdote Cristiano*. El es el *todo* para nuestras almas. El preside á los actos mas solemnes de nuestra fugitiva existencia. Nuestro primer vagido y nuestra primer sonsisa son para él cuando derrama sobre nuestras cabezas el agua de la regeneración bautismal; él recoge también nuestro último suspiro cuando la antorcha de nuestros días se apaga, al desatar con el sagrado bálsamo los lazos que á esta tierra nos unieran.

El *Sacerdote Cristiano* sentado sobre una roca escarpada de la tranquila costa, con-

templa exhalando mil gritos de terror los escollos y vagios que tenemos que vencer en nuestro tránsito, todos los que surcamos las revueltas ondas de este mar proceloso á que se llama mundo. Su única ambicion, sus ensueños dorados, son el enjugar nuestras lágrimas en esta mansion de las desdichas y conducir despues nuestras almas á la plácida region de los Querubes, cuando la muerte haya hundido nuestros cuerpos en el polvo y la nada de la tumba. El Sacerdote Cristiano es la mas sublime creacion del Evangelio; la imágen mas perfecta de *Aquel* que espiró sobre una cruz allá en el Gólgota.

AURELIANO VALDÉS ACHUCARRO.

**RECUERDOS HISTÓRICOS DE OVIEDO.**

(Continuacion.)

El heróico Alfonso, tan escelente rey como infatigable guerrero, despues de haber vencido á los sarracenos en la sangrienta batalla de *Llamas del Mouro*, llevó sus banderas victoriosas hasta las apartadas márgenes del Tajo, y aun se hizo dueño de Lisboa por algun tiempo. Para engrandecer el poderio cristiano quiso aliarse con Carlos Magno, el mas grande y belicoso monarca de aquellos tiempos, y al efecto le envió dos emisarios llamados *Basilico* y *Froya*, que eran portadores de ricos presentes, entre los que se contaban siete esclavos musulmanes, con otros tantos caballos y una magnífica tienda de campaña. Inaugurose, pues, una estrecha amistad y correspondencia entre Alfonso y Carlos, y las embajadas y regalos se repitieron varias veces. Mas los próceres de Asturias siempre celosos de la dignidad é independencia del pais que con tanta bizzarria conquistáran, creyeron encontrar signos de sumision ó vasallaje en lo que no eran mas que muestras de amistad, y rechazando con horror toda idea de dependencia extranjera, se alzaron contra el rey Casto, le despojaron de la corona y le encerraron en el monasterio de *Abelania* corriendo el año 802. Callan las crónicas el nombre del que ocupó el trono de Oviedo en lugar de Alfonso, pero si nos dicen que en muy breve tiempo y en el mismo año indicado, fué este libertado de su cautiverio por un godo llamado *Theuda*. No es posible recorrer la historia de Oviedo de esta época tan rica en acontecimientos, sin hacer mencion del nombre del famoso Bernardo del Carpio, héroe tan popular en España y de que todos los historiadores hablan desde el siglo XIII. Dicese, pues, que una hermana de Alfonso el Casto,

nombrada Jimena, se prendó del valeroso *Sancho Diaz*, conde ó gobernador de Saldaña, y se casó con él clandestinamente. Llegando á noticia del severo rey este suceso, dispuso que su hermana tomase el velo en el monasterio de San Juan de las Dueñas; que al conde le fuese impuesta la pena de los traidores, privándole de la vista y encerrándole durante su vida en el castillo de Luna, y finalmente que el niño Bernardo nacido de estos desgraciados amores, fuese criado y educado con esmero en un arrabal de Oviedo llamado el *Carpio* del que tomó el sobrenombre. (1) La viva tradicion que subsiste en Oviedo, en Salamanca y en Luna sobre estos hechos, la sepultura de doña Gimena que enseñaban en tiempo de Carballo las monjas de San Pelayo, y de que aun conservan memoria; el seplero de Bernardo que aun permanece en Aguilar de Campó y que fue reconocido por el emperador Carlos V, nada ha bastado para que los críticos modernos desechen enteramente tal personaje considerándole tan solo como un ser fantástico ó novelesco. Fundan estos su opinion en no hallarse mencion alguna de doña Jimena, Saldaña y su hijo en los antiguos cronicones que se ocupan de los hechos de los reyes de Oviedo; pero esto no prueba no constase su existencia en otros documentos que no han llegado hasta nosotros, y que tal vez hayan tenido á la vista los primeros historiadores que nos hablan de Bernardo y de sus proezas contra los moros.

La catedral del Salvador tardó treinta años en construirse, y fue dotada con régia magnificencia. Consérvanse dos escrituras muy notables otorgadas por Alfonso el Casto á la nueva catedral, ambas del año 812. En la primera, despues de donar á la iglesia el átrio, acueducto, casas y otros edificios construides á su alrededor, y muchas alhajas para el culto y ornato del templo, le ofrece varios *clerigos-sacricantores* que el mismo rey habia comprado como: «*Nonelo*, presbitero; *Pedro*, diácono que antes habia pertenecido á *Corbelo* y *Fasila*; *Secundino*, clerigo; *Juan*, clérigo; *Vicente*, clérigo, hijo de *Crescente*; *Teodulfo* y *Nonnito*, clerigos, hijos de Rodrigo; *Enneco*, clérigo, comprado á *Lauro Baca*, etc. etc.» (2) En la segunda escritura, despues de confirmar Alfonso las donaciones del rey Fruela, su padre, ofrece al Salvador toda la ciudad de Oviedo que

(1) Aun se indica en la calle del Carpio la casa en que dicen se crió Bernardo, el que fundó largo tiempo despues un castillo cerca de Salamanca con el mismo nombre.

(2) ¿Quiénes podian ser, pregunta el historiador Romey, estos sacerdotes cristianos esclavos que un rey cristiano compraba y donaba á la catedral de Oviedo? Serian, se responde, hijos ó nietos de esclavos mahometanos convertidos y que el rey manumitia. Tambien podian ser, opinamos nosotros, sacerdotes cautivados por los moros, y rescatados por el peculio particular del rey, el que siguiendo el lenguaje místico y enfático de aquella época, los entregaba á la Iglesia como *esclavos* ó *siervos* de Jesucristo.

él había circundado de muro, (1) montes, prados, aguas y molinos fuera de la ciudad, y multitud de ornamentos de oro y plata, telas de seda y lino que hizo para cubrir los altares etc. etc. No cesan aquí las memorias que nos restan del Casto rey. Entre otras que pudiéramos mencionar, habremos de ocuparnos de la célebre *Cruz de los Angeles*, cuya construcción creyeron milagrosa los devotos cronistas de la edad media. Deseaba, pues, el piadoso Alfonso hacer un rico presente á la Basilica Ovetense, y al efecto, de los despojos cogidos en Lisboa y otras ciudades á los enemigos de la fé, reunió gran cantidad de oro y piedras preciosas, mas se apesadumbraba de que entre sus rudos vasallos avezados solamente á manejar las armas, no encontraba uno bastante hábil para que realizase su pensamiento, cuando cierto dia al salir de misa se le presentaron dos gentiles mancebos en traje de peregrinos que se ofrecieron á fabricar la proyectada cruz. Gozoso el monarca, dispuso se les entregasen los materiales necesarios y se les diese un aposento apartado en su propio palacio (2) donde dedicarse á su tarea. Al cabo de poco tiempo fueron algunos emisarios del rey á visitar á los misteriosos artifices, pero estos habian desaparecido y la cruz ya fabricada estaba en el aire rodeada de maravilloso resplandor. Esta es la relacion del prodigio que se lee antes que en ninguna otra, en la cronica del Monje de Silos, escritor del siglo XII. Es ciertamente la cruz de los ángeles (3) una riquísima é inestimable joya, ya bajo el aspecto histórico, ya bajo el artístico, y nosotros creemos reconocer en sus bellas labores la diestra mano de los plateros de Córdoba, que ya en este tiempo se hicieran notables por su primor y delicadeza en esta clase de trabajos. Si así fue, no extrañamos que Alfonso el Casto cuidara de no contrariar las creencias de sus piadosos vasallos que ciertamente se hubieran ofendido de que el simbolo augusto de la religion, fuese fabricado por la mano profana de dos sarracenos, y que mas llenos de fé que concedores de las artes, atribuyeron á los ángeles una obra que por su belleza no era posible fuese producto de las manos de los hombres. Como quiera, en los cuatro brazos de esta cruz que con gran veneracion se conserva entre el tesoro de las reliquias, se leen otras tantas inscripciones latinas que pueden traducirse así: *Permanezca aquí este don en honra*

*de Dios, y sea por él recibido con agrado. Lo presenta Alfonso, humilde siervo de Jesucristo. = Esta señal sirve de amparo al piadoso y de defensa contra el enemigo. = El que osare quitarla del lugar en que la puso mi libre voluntad, sea aniquilado por el rayo de Dios. = Acabose esta obra en la Era de DCCCXVI (Año 808.*

Desde aquella época parece que el rey tomó por divisa de guerra la figura de esta cruz sostenida por dos ángeles, y hasta hoy se ve pintada en campo azul en los escudos de armas de la ciudad y la Catedral. Tirso de Aviles (1) dijo ya en el siglo XVI al explicar el blason de Oviedo.

La antigua Oviedo morada  
De varios reyes cristianos  
Pinta la cruz tan preciada  
Que en ella fue fabricada  
Por las angélicas manos.  
La cruz por armas tomó  
Por el milagro acaecido  
La cual continuo llevó  
Por bandera y apellido  
En las guerras que venció.

*(Se continuará.)*

NICOLAS CASTOR DE CAUNEDO.

—  
**LOS DOS BALCONES.**  
—

TRADUCCION DEL FRANCÉS.

POR

**GUILLERMO ESTRADA.**

II.

*(Continuacion.)*

Una mañana, era el 6 de setiembre á las cinco, y no os asombréis, caballero, de verme recordar estas fechas; la memoria del corazón es la mas segura, no se debilita con los años; levantando los ojos hácia la ventana vi dos panes entre las barras. Di un grito de alegría, mostrándolos á mis camaradas; me ayudaron á subir hasta la estrecha abertura, y los dos panes fueron repartidos. Cuando me cogí á los hierros de la ventana dirigí una rápida ojeada á la calle; estaba desierta, el centinela me volvia la espalda. La calle no es larga como habreis podido notar, y me agradó aquella linda casa blanca con sus dos balcones, su sombra y sus escaleras ocultas. Los postigos estaban cerrados; dormian sin duda

(1) Offero igitur, Dominem Omnen Oveti urbem, quam muro circumdatam, te auxiliante peregrimus etc. (España Sagrada, Tom. 37.)

(2) Este fue segun Carballo la capilla de Santa Leocadia que ocupa la planta baja de la Cámara Santa.

(3) Persuadióse el pueblo de que eran ángeles, dice Mariana, porque acabada la cruz no se vieron mas. Carballo con la piadosa sencillez del tiempo en que escribió, dedica un capítulo de su obra titulada Antiguédaes de Asturias, á averiguar qué ángeles podian ser los que fabricaron la cruz, y deduce serian Miguel y Gabriel.

(1) En su obra manuscrita titulada Linages de Asturias.

sus vecinos; y ademas me importaba muy poco sorprender en su casa á aquellas gentes á quienes aborrecia con toda mi alma. El dia, aunque largo para los prisioneros, se empleó en procurar descubrir el milagro de habernos llegado aquellos panes; pero en vano. Al dia siguiente me despertaron grandes gritos de alegría, y los brazos de mis compañeros tendidos hácia la ventana, me mostraron otros dos panes con la exaltacion de unos naufragos que señalan una vela.

—Pardiez, señores, exclamé; es necesario hacer porque no se diga que esta galanteria queda sin recompensa. Yo me encargo de hacer centinela esta noche, porque á menos que este maná caiga del cielo espresamente para nosotros, solo nos puede venir de noche.

Me ocupé en idear un andamio para colocarme á la altura de la ventana, y lo conseguí. Concluida nuestra comida de la tarde, suspendi mis sábanas de un anillo metido en el muro, y despues de haber atado las puntas á las rejas de la ventana, coloqué un colchon sobre esta especie de hamaca y me dispuse para la noche. Puesto así á la altura de la ventana me llegaba el aire de la rada fresco y puro, y olvidé por un instante el fin que me habia propuesto. Dominaba, elevado de este modo una parte de la calle; oia las conversaciones de las jóvenes sentadas á las puertas de sus casas, y aquellas voces armoniosas me devolvian una parte de mi existencia de otro tiempo. Sueños de lo pasado! Dias de poesia, de libertad y de juventud! Recuerdos embriagadores y deliciosos que desvanecia en seguida una mirada dirigida á mi alrededor. Y escuchaba. ¡Oh! los que han oido durante su vida los cerrojos de una prision correrse rechinando; los que han vejatado muchos dias en esos sofocados invernaderos del crimen, donde tantas veces la justicia humana encierra la virtud, esos solos saben cuanta alegría da á un preso cualquier rumor exterior, que por un momento altera la monotonía de su existencia. La luna aclaraba la casa de enfrente; se veia como al medio dia: de repente llegaron á mi desde aquella casa vagos sonidos de bandolin, notas apagadas, una voz de muger que cantaba; á esta armonía sentida y triste sucedieron aires vivos, favoritos de España. Yo me mecia en mi hamaca; estaba contento; esta fiesta era para mi; me hallaba seguramente en la *Opera* de París ó en el teatro del *Valle*, en Roma. Olvidé. Despues la loca imaginacion que edifica sin piedra y sin cimientos, alhambras maravillosas, que al dia siguiente hace desplomarse el soplo de la realidad, presentaba delante de mi la muger que cantaba. Era joven, esto es de rigor, hermosa, con grandes ojos y pequeños pies, y largos cabellos negros rizados como las queridas de don Juan. La música cesó; sucedieron á ella risas y conversaciones que se mezclaban, interrumpiéndose y volviendo á comenzarse sin cesar. Yo hu-

hiera querido reir, yo tambien: reir! y mis compañeros se revolvian debajo de mi en un mezquino lecho, y el fusil del centinela brillaba á la puerta de nuestra prision, de nuestra tumba acaso. Sentí que una lágrima rodaba por mis mejillas.

Entretanto el balcon del primer piso se habia abierto, y estaba en él una muger: sus cabellos estaban medio sueltos, su talle flexible y lijero, su figura triste y pensativa aclarada por la luna, la daban la apariencia de una pobre flor, que la noche hace inclinar sobre su tronco. Oí distintamente lo que decia; se hablaba de nosotros, de nosotros prisioneros: sus miradas se fijaron sobre mi ventana. Matadles, decia, son vuestros enemigos, pero no los dejeis morir. Desde entonces amé á esta muger con un amor celestial y misterioso que nada pide á los sentidos y que solo el alma alimenta. Hacia muchos meses que no habia oido mas que espresiones de odio y de desprecio, planes de muerte y de venganza, y una muger joven y hermosa soltaba algunas palabras de compasion.

Por fin se cerró el balcon y poco despues la gruesa campana de San Agustin dió las once. Las doce, la una, las dos sonaron sucesivamente. La luna habia desaparecida, y una nube negra estendia sobre la calle sus tintas sombrías. Con todo me pareció que la puertecita que está bajo el balcon giraba sobre sus goznes y distinguí una masa negra que se movia bajo el sauce. Era un hombre, sin duda: se aproximó en silencio y con precaucion, y llegó así hasta mi. Juzgad de mi admiracion, cuando bajo la capa del desconocido reconocí el rostro encantador de la joven. Depositó algo sobre la ventana, y se retiraba ya.

—Sois un ángel del cielo, la dije en voz baja.

—Callad, replicó con viveza. Desapareció y no quedó de este encanto mas que la brisa que soplabá en las ramas del sauce y la noche oscura.

Mis camaradas despertaron con el dia, ansiosos de saber lo que yo habia visto; la admiracion fue grande, y las bendiciones de los prisioneros descendieron á una voz sobre la bienhechora. El dia me pareció muy largo; estaba impaciente por ver llegar la noche para poder volver á subir á la ventana. Creo que no hubiera dado esta noche por mi libertad lejos de Palma. La joven vino á sentarse á su balcon al lado de un hombre de edad á quien creí su padre. Aun no habia oscurecido del todo; la veia mejor que el dia antes. La miraba con amor; despues me preguntaba si no era un loco en dejarme llevar así de una sombra, de un sueño. Me comparaba á aquel ángel de dulzura y de gracia, y cuyo rostro ennegrecido por la guerra, pálido por los trabajos, debia dar miedo: ella, cuyos vestidos tenian tanta coqueteria femenina; yo cargado de andrajos. No sé si los sufrimientos impresos en mis mejillas daban á mi sonrisa mas de-

licadeza y melancolia, lo cierto es que ella respondió coloreándose su rostro con un vivo rubor. La espresion de esta figura encantadora, toda la piedad profunda que su mirada espresaba, me llenaban de una alegría celestial; sentí que mi corazon rejuvenecia, habian caido mis harapos; tenia palabras dulces en los labios. No os contaré, caballero, una tras otra las diversas sensaciones que me asaltaron; seria un trabajo penoso, imposible acaso, y que nunca intenté: os diré solamente que aquella muger se apercibió del tesoro de amor que me habia dado al aceptar la alegría de mi alma, y al responder á un suspiro sofocado, á la sonrisa de un moribundo con la sonrisa de un angel.

Habia venido la noche: se levantó.

—Si, yo te esperaré, exclamé, contaré las horas contemplando el sitio que acabas de dejar. Yo te veré aun, tocaré, besaré tu mano, y despues aunque me lleven á la horca ó al cadalso.

Algun tiempo despues estaba cerca de mí. Tomé su mano entre las mias, no la retiró: levanté los ojos hácia ella, me miraba con amor; su voz estaba trémula, su pequeña mano ardia. Habia algo de estraño en semejante pasion, que me fué imposible concebir entonces.

—Decidme vuestro nombre, señora, dije en voz baja, decidme vuestro nombre para no olvidarlo nunca, para llevarlo conmigo á un mundo, donde acaso seré mas feliz; vuestro nombre para amarle, ó dejadme morir de miseria y no renoveis mi agonía.

—Mi nombre, replicó palideciendo y con voz débil. ¡Dios mio, le ha olvidado! despues deslizó un papel en mi mano de la que se apoderó vivamente. Dudó un instante, despues la apretó contra sus labios y desapareció. Al huir me habia dicho su nombre: *Josefina*.

*(Se continuará.)*

A continuacion insertamos una composicion de la señorita Doña Emilia Mijares, con la que se ha servido honrar las columnas del ALBUM á ruegos de la Redaccion.

### AUSENCIA.

Perdió ya su dulzura  
el arpa del cantor,  
por eso no murmura  
las cántigas de amor.

Feliz en la alborada  
mil veces yo la oí,  
mas ¡triste! ora apagada  
no suena para mí.

Tal vez otro inspirado  
sus cuerdas pulsará,

mas ¡ay! mi bien amado  
ya nunca trovará.

¡Oh viento! que has oido  
su cántico de amor,  
dile que nunca olvido  
mi bello trovador.

En tiempo mas dichoso  
él una flor me dió,  
con mi llanto amoroso  
la flor se marchitó.

Herida por la muerte  
sobre mi seno está,  
emblema de mi suerte  
siempre esta flor será.

Yo la agosté insensata  
con lágrimas de amor...  
y á mí tambien me mata  
la ausencia del cantor.

EMILIA ALVAREZ MIJARES.

### LA NUBE Y LA FLOR.

—  
TRADUCION.

Arida está la llanura  
el cielo sin nubes, sola  
una se admira altanera,  
lenta por el aire voga,  
cubierta de oro y de plata  
con sus galas orgullosa,  
descarriada cual se mira  
en el mar azul la lona  
de solitario bagel.

Bella flor que su corola  
está pálida y marchita  
por la sed devoradora  
con su rostro suplicante  
que ardiente el sol decolora  
alzando al cielo, parece  
que á aquella nube orgullosa  
la dice aquestas palabras.

—Deja caer una gota  
de agua en mi caliz ardiente,  
bella nube! una tan sola  
de esa que guardan tus flancos  
fresca lluvia protectora.  
Para mi habrá destinado  
quizá Dios algunas gotas,  
espárcelas por piedad  
sobre mi mústia corola.  
Bella nube! un poco de agua,  
bella nube! bondadosa  
esparce sobre mi frente  
tan solamente una gota,  
no ves que mueren mis hijos  
si se seca mi corola!—

Mas la nube despreciando

sus razones orgullosa  
lijera de alli se aleja  
y hasta la niega su sombra!  
Y en mucho tiempo despues  
no vino ninguna otra,  
y murió la pobre flor  
agostada su corola.

Asi el rico despiadado  
al mendigo le provoca  
con su risa, mas cambiando  
la fortuna veleidosa  
la mano de Dios le hiere  
por lo mismo que atesora.

T. C. Agüero,

### À CELINA,

(Traducion de Carlos Herlosshn.)

El espacio se convierte  
en celestial paraíso  
que en torno de mi diviso.  
si los ojos fijo en tí;

y mil árboles floridos  
de sus ramas inclinadas  
las hojas ¡ay! argentadas  
dejan caer sobre mí.

Cuando te escucho, Celina,  
de mi país la campana  
que resuena allá lejana  
me figuro percibir;

y también el dulce canto  
de mi madre, que murmura  
ondulante el aura pura,  
mis oídos viene á herir.

Si de tus brazos amantes  
tierno lazo me rodeara  
la muerte yo deseára  
en tan dulce languidez;

que ¡tan deliciosa muerte,  
tan hermosos funerales  
los mas dichosos mortales  
pueden alcanzar tal vez?

Mariano Castaño Alberù.

### VARIEDADES.

Pues señor, ni mas ni menos que el hombre,  
todas las épocas tienen sus pasiones predilectas.  
Camina esta en que vivimos tras los mas estu-  
pendos inventos, como son, el vapor, el daguer-  
reotipo, los telégrafos eléctricos, asi como tras  
el fin de que el mundo entero se inunde en ese  
mar de poesias y novelas que bomitan á cada  
instante las prensas; la pasada pecó por el con-  
trario por las discusiones filosóficas y religiosas;  
asi como la anterior se despepitaba por los des-

cubrimientos marítimos y la mas remota aun por  
las crónicas, la alquimia y las batallas. De este  
modo nos obligaba á discurrir el contemplar con  
nuestros propios ojos (que á juzgarlo realidad se  
negaban) un largo y estenso cronicon escrito por  
aquel valiente y astuto Perafan, aquel ayudante  
en las operaciones farmacéutico-quirúrgicas del  
maligno y sabio autor del *Centon Epistolario*, el  
Bachiller, Fernan Gomez de Cibdad-Real. Su len-  
guaje está ya muy perfeccionado para aquella  
atrasada época, y su estilo es algo irónico y pun-  
zante, como de aprovechado y buen discipulo de  
su digno maestro. Encontróle enterrado entre el  
polvo de la biblioteca de la corte, un amigo  
nuestro muy aficionado á antiguallas y cartapa-  
cios, y fué tan irresistible la tentacion que le asal-  
tó, que sin atender á su conciencia lo escondió  
bajo su capa y huyó con él á su casa. (Rogamos á  
los suscritores no divulguen este suceso.)

Ocúrresenos pues, para llenar nuestras colum-  
nas, insertar de él extractados algunos fragmen-  
tos para que nuestros lectores juzguen de su ver-  
dadero mérito. . . . .

¡Honrados y pacíficos vecinos de la imperial  
ciudad de Toledo, hidalgos y villanos, todos los  
que seais hermanos de la venerable hermandad  
de nuestro P. San José, debeis concurrir hoy á la  
hora, en que los canónigos á coro, al sitio acos-  
tumbrado, pues os lo ruega y suplica el venera-  
ble hermano mayor de vuestra junta! Y el esqui-  
lon continuaba sonando como repique de animas  
dilin, dilin, dolon, dolon, y las ventanas y bal-  
cones se *convertian en ojos*; y de casa á casa, de  
acera á acera de las tortuosas cualles, se cruza-  
ban mil preguntas y respuestas, mil dimes y dire-  
tes que convertian á la ciudad en coro de leta-  
nias.

— Pero tia Rodriguez, gritaba la dueña Gu-  
mersinda la Pelicana, y ¿qué novedad habrá ocur-  
rido á los pobres cofrades de nuestro glorioso  
P. San José? Y ¿acaso habrán los moros entrado  
á saco por sus tierras y lugares? ó acaso, ¿se ha-  
brá dormido el sacristan y se habrá incendiado  
el campanario? ó....

— Nada, nada: pues estais adelantada en eso  
de noticias; pues no sabeis lo que pasa á vuestros  
ojos: vaya, vaya, atended la dueña Gomersinda  
que yo os lo relataré como mejor pueda.

— Os quedaré agradecida, buena tia Rodriguez.  
Aqui, esta tosió, se estrujó las narices entre las  
arrugadas yemas de sus dedos, y poco despues  
comenzó asi.— Pues, como no ignorais, esa vene-  
rable cofradia tiene el derecho de que cuando  
nazca un hijo varon, al hermano mayor, vaya el  
arcediano de la catedral desnudo de la cintura  
arriba á bailar una zarabanda morisca ante la ca-  
sa del cofrade, y al mismo tiempo les envíe un  
buen tonel del rico vino de Valdivieso para que

la junta celebre tan feliz acontecimiento al son de fogatas y tamboriles.

Antes de ayer y á la misma hora en que nuestro buen condestable salia á cazar á los montes inmediatos, el cofrade mayor participó á varios de sus hermanos, que su muger habia echado á este mundo un niño grande y robusto como tronco de encina, y al mismo tiempo les hizo saber tambien berreando algunas lágrimas, que el bueno del Arcediano se negaba á cumplir con la carga de tan antiguo impuesta á su holgada prebenda.

Aqui fue lo bueno de ver, tia Gumersinda, los cofrades tiraron al suelo y pisotearon sus caperuzas, desgarraron sus sayos gritaron y maldijeron como soldados de Satanás, y por fin, sosegados un instante, convinieron en... llamar á junta á todos sus compañeros.

En efecto, anteayer, reunidos todos en el bosque de sus juntas y sesiones, y como es costumbre que uno de los cofrades se vista con el traje de nuestro glorioso P. San José para representar sus derechos como presidente, lo hicieron así; el padre San José se puso de pie sobre su peana, teniendo entre sus manos el florido garrote, y dos cofrades le alumbraban con dos antorchas de libra y media de cera. Los restantes se colocaron alrededor del Santo y comenzaron á defender y perorar en favor de sus derechos.

¡Ay, tia Gumersinda! y que elocuencia que tenian algunos de los hermanos, no se diria de ellos otra cosa sino que eran padres predicadores y maestros de sùmulas, como dice el sacristan de la parroquia.

Los cofrades recordaron las pasadas glorias de su hermandad; la yunta de cornudos toros que habia ganado al Arzobispo cuando á ello se negaba en la pasada cuaresma, y algunos hubo que en el calor de su relacion soltaban algunos *bostezos de retaguardia*, lanzaban al airé algun fuerte *mogicon* ó bomitaban un *hi de....* ya me entendeis, contra el Arcediano, que hacia estremecerse hasta á los mismos cielos. Entonces el *presidente*, es decir, el Santo P. San José, empuñaba su garrote por lo mas fino, y dejaba caer su porra adornada de azucenas sobre la cabeza de aquel que se habia escedido algun tanto.

Pero de repente salió de entre aquel tumulto una vocecilla penetrante y flauteada como chirrido de bandolin mal afinado, y otro gruesa y pausada como de sochantre de iglesia. Atónitos los cofrades de que hiriesen sus oidos dos voces desconocidas, miraron hácia atras, ¿y qué es lo que vieron? dos atrevidos advenedizos: dos defensores del.... Arcediano.

Era el uno pequeño, enjuto y encarnado como longaniza de sábado, ojillos de raton, y una cara maligna y burlona como la del diablillo amigo del brujo marques de Villena.

El otro era de regular contestura, pero grave y estirado como cucaña de fiesta; marcaba sus palabras á compás de su cabeza: ambos á dos tenían ribetes de monaguillos.

¿Y en qué mala hora habian venido estos infelices? En menos tiempo del en que canta un grillo, se vieron rodeados de toda aquella jauria de valientes olfateadores, que los amenazaban comerlos vivos con sus dientes y sus garras, con sus lenguas y sus ojos, á la menor palabra que dejasen escapar de sus labios en favor del Arcediano.

El de porte de *rico hombre* fiado en sus maneras de cortesía y en sus pausados relatos, levantó un poco el grito, pero ¡ay tia Gumersinda!, y allí fué Troya. Nuestro glorioso P. San José se bajó de su asiento, enarboló su robusto baston, y los cofrades, viendo la actitud amenazadora del Santo, ya no encontraron dique á sus deseos.

Cuentan que el hombrecillo pequeño se habia ido escurriendo poco á poco, y que decia, allá para su colete: pesia á mi la hora en que el maldito del Arcediano me metió entre esta manada de javalies; pero ¡y qué chasco seria si yo.... me las pudiese liar, y dejase á mi buen amigo el sochantre entre sus furiosos colmillos!

Pero *quia*, ni por esas. El sochantre viendo la cosa mal parada se tomó tambien las de Villadiego; ambos corrieron como galgos montaña arriba, é hicieron bien, porque sino ¡ay de sus negras sotanas y pellejos! muy mal parados hubieran salido de la refriega. Ambos á dos iban encomendándose al diablo y renegando de todos los Arcedianos y de todos los cofrades de San José: el alto y encopetado vomitando pestes y maldiciendo contra unos *entes tan bajos* que no habian querido respetar sus *magestuosos* modales; y el colorado y rebajuelo, entre furioso y risueño, porque si bien el sudor que por su cuerpo corria, y el resoplido de sus hijares y narices le recordaba lo apuradillo del trance, se alegraba en su interior del chasco que habia tambien corrido su compañero el de las acompasadas palabras....

Interrumpiremos por hoy la conversacion de nuestras dos buenas dueñas, y otro dia si á nuestros suscritores agrada, daremos algunos nuevos extractos de él hasta ahora inédito y desconocido *cronicon*.

*Micrómegas*

PRECIOS DE SUSCRICION.—En Oviedo por un mes 5 reales, por tres 12. Fuera por tres meses 14 rs.

Se suscribe á este periódico en la imprenta y litografía de Brid, Regadera y Compañía.

1853.

Imp. y lit. de Brid, Regadera y Comp., calle de San Francisco, núm. 1.